



Cuando la Iglesia llena estadios y las redes sociales se iluminan

Vivimos una época singular en la historia de la Iglesia. Nunca antes había sido posible que millones de personas siguieran simultáneamente una celebración religiosa desde cualquier rincón del planeta. Una Misa papal celebrada en una gran ciudad puede ser vista en directo por fieles de los cinco continentes. Un encuentro multitudinario de jóvenes puede generar miles de vídeos, fotografías y publicaciones en cuestión de minutos. Las palabras del Santo Padre recorren el mundo antes incluso de que termine de pronunciarlas.

La reciente visita del Papa a España ha vuelto a poner de manifiesto esta realidad. Grandes concentraciones, escenarios monumentales, pantallas gigantes, actuaciones musicales, testimonios, celebraciones multitudinarias y una enorme presencia mediática han acompañado unos días que muchos han vivido con emoción, esperanza y alegría.

Sin embargo, junto al entusiasmo legítimo, también han surgido preguntas. Algunos fieles han contemplado con preocupación ciertos elementos que parecían más propios de un concierto o de un espectáculo moderno que de un acto religioso. Otros han celebrado precisamente esa capacidad de la Iglesia para conectar con las nuevas generaciones utilizando lenguajes contemporáneos.

¿Quién tiene razón?

La respuesta, como suele ocurrir en cuestiones complejas, exige discernimiento. No basta con aplaudir todo ni con condenarlo todo. La tradición católica siempre ha buscado distinguir cuidadosamente entre lo esencial y lo accidental, entre el depósito de la fe y las formas históricas mediante las cuales se transmite.

Por ello conviene reflexionar serenamente sobre las luces y las sombras de los grandes eventos católicos contemporáneos.

La Iglesia siempre ha reunido multitudes

Algunas personas piensan que las concentraciones masivas son una novedad reciente. Sin embargo, la historia demuestra lo contrario.



Nuestro Señor Jesucristo predicó ante miles de personas. Los Evangelios narran la multiplicación de los panes para cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños (cf. Mt 14,13-21). Las multitudes seguían a Cristo por ciudades y caminos.

La Iglesia primitiva también experimentó reuniones multitudinarias. Las peregrinaciones, las fiestas patronales, los jubileos y las grandes celebraciones han acompañado la vida católica durante siglos.

La Edad Media contempló procesiones inmensas, predicaciones multitudinarias de santos como San Vicente Ferrer o San Bernardino de Siena, y concentraciones de fieles que recorrían cientos de kilómetros para venerar reliquias o participar en celebraciones especiales.

Por tanto, el problema no reside en la multitud.

La Iglesia nunca ha temido reunir a miles o incluso millones de personas cuando el objetivo es glorificar a Dios.

La cuestión fundamental es otra: ¿qué ocupa el centro?

El criterio decisivo: Cristo debe ser el protagonista

La teología católica enseña que toda acción de la Iglesia debe conducir a Cristo.

El riesgo permanente de cualquier gran evento es que el centro se desplace.

A veces puede parecer que el protagonista es el artista, el conferenciante, el influencer, la organización o incluso el propio Papa.

Sin embargo, el Papa no es el centro de la Iglesia.

Cristo es el centro.

El Sucesor de Pedro posee precisamente la misión de señalar hacia Cristo, no hacia sí mismo.



Las palabras de San Juan Bautista deberían resonar constantemente en toda actividad eclesial:

■ *«Es necesario que Él crezca y que yo disminuya» (Jn 3,30).*

Cuando un evento deja a los participantes con un amor más profundo por Jesucristo, una mayor devoción a la Eucaristía, una vida sacramental más intensa y un deseo sincero de conversión, podemos afirmar que ha cumplido su finalidad.

Pero si la experiencia termina reducida a una emoción pasajera, una fotografía para las redes sociales o un recuerdo sentimental sin consecuencias espirituales, algo esencial se ha perdido.

La fuerza evangelizadora de los grandes encuentros

Sería injusto ignorar los abundantes frutos espirituales que pueden surgir de estos acontecimientos.

Muchos jóvenes descubren por primera vez que no están solos.

En una sociedad cada vez más secularizada, numerosos católicos viven su fe con sensación de aislamiento. Ver miles de personas rezando juntas puede convertirse en una experiencia profundamente transformadora.

Muchos sacerdotes han relatado conversiones nacidas durante encuentros multitudinarios.

Numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas surgieron durante jornadas juveniles, peregrinaciones o celebraciones masivas.

Muchas confesiones después de años de alejamiento tuvieron lugar precisamente en estos contextos.



La experiencia comunitaria posee una enorme fuerza espiritual.

El ser humano necesita signos visibles.

Necesita comprobar que la Iglesia sigue viva.

Necesita contemplar que Cristo continúa atrayendo almas.

Desde esta perspectiva, los grandes eventos pueden convertirse en auténticos instrumentos de evangelización.

La tentación del espectáculo religioso

Pero junto a las luces aparecen también las sombras.

La sociedad contemporánea está profundamente marcada por la cultura del entretenimiento.

Todo debe ser rápido.

Todo debe emocionar.

Todo debe generar impacto visual.

Todo debe competir por nuestra atención.

Este contexto cultural afecta inevitablemente a la vida religiosa.

Existe una tentación permanente de adaptar la fe a las lógicas del espectáculo.

Cuando esto sucede, el riesgo es enorme.

La liturgia deja de percibirse como adoración para convertirse en representación.

La música sagrada deja de elevar el alma para transformarse en mero entretenimiento.

Los participantes dejan de sentirse peregrinos para convertirse en espectadores.



El silencio desaparece.

La contemplación desaparece.

La adoración desaparece.

Y cuando desaparece la adoración, el corazón mismo de la religión cristiana comienza a debilitarse.

El problema no es la alegría cristiana

Algunos creen erróneamente que toda expresión festiva es incompatible con la fe.

La tradición católica demuestra justamente lo contrario.

Las fiestas patronales, las romerías, las procesiones, las celebraciones populares y muchas manifestaciones culturales católicas siempre han incluido alegría, música y celebración.

La fe cristiana no es tristeza.

La Resurrección es motivo de gozo.

El problema no es la alegría.

El problema es la superficialidad.

Existe una diferencia inmensa entre la alegría nacida de Dios y la excitación producida por el entretenimiento.

La primera conduce a la paz interior.

La segunda desaparece cuando termina el espectáculo.

La primera transforma el alma.

La segunda simplemente estimula las emociones.



Por eso la Iglesia debe discernir constantemente qué elementos ayudan realmente a la evangelización y cuáles simplemente imitan los modelos del mundo.

Las pantallas: oportunidad y peligro

Uno de los fenómenos más característicos de nuestro tiempo es la omnipresencia de las pantallas.

Millones de personas conocen la actividad de la Iglesia exclusivamente a través de vídeos breves, transmisiones en directo o publicaciones en redes sociales.

Esto representa una oportunidad extraordinaria.

Jamás había sido tan sencillo anunciar el Evangelio.

Un sacerdote puede explicar la doctrina católica a cientos de miles de personas desde un teléfono móvil.

Una adoración eucarística puede llegar a lugares donde no existen templos.

Un mensaje del Papa puede difundirse instantáneamente por todo el mundo.

Pero también existe un peligro evidente.

La fe puede reducirse a contenido.

La vida espiritual puede confundirse con consumo digital.

Podemos acabar viendo vídeos sobre Dios sin dedicar tiempo a rezar.

Podemos escuchar homilías durante horas sin acudir a confesarnos.

Podemos compartir imágenes religiosas sin vivir realmente el Evangelio.

La tecnología debe ser un puente hacia Cristo, nunca un sustituto de Cristo.



La liturgia no es un concierto

Esta afirmación merece una especial atención.

La liturgia constituye la acción sagrada por excelencia de la Iglesia.

No es un acto de animación.

No es un espectáculo.

No es una reunión motivacional.

No es un concierto.

La Santa Misa actualiza sacramentalmente el sacrificio redentor de Cristo en el Calvario.

Nada puede ser más importante.

Por ello la tradición católica siempre ha insistido en la dignidad, la belleza y el carácter sagrado del culto.

Cuando elementos excesivamente mundanos invaden el espacio litúrgico, muchos fieles experimentan desconcierto.

No se trata necesariamente de nostalgia ni de resistencia al cambio.

Con frecuencia se trata de una intuición espiritual profunda: la necesidad de preservar la trascendencia.

El hombre moderno está rodeado de ruido.

Precisamente por eso necesita lugares donde encontrar silencio.

Está saturado de entretenimiento.

Precisamente por eso necesita espacios de adoración.



La Iglesia no debe competir con el mundo en espectacularidad.

Debe ofrecer aquello que el mundo no puede ofrecer.

La presencia de Dios.

El riesgo de la papolatría

Las visitas papales despiertan naturalmente entusiasmo.

Es comprensible.

El Papa es el Sucesor de Pedro.

Es el Vicario de Cristo.

Es el signo visible de la unidad de la Iglesia.

Sin embargo, la tradición católica siempre ha advertido contra una exageración indebida del protagonismo papal.

La fe católica no consiste en seguir la personalidad de un pontífice concreto.

Consiste en seguir a Jesucristo.

Los Papas pasan.

Cristo permanece.

Las multitudes cambian.

La Iglesia permanece.

Las modas desaparecen.

La verdad permanece.



Una visita papal bien vivida debería fortalecer el amor a la Iglesia, a los sacramentos y a la vida cristiana cotidiana.

No debería generar una dependencia emocional basada únicamente en acontecimientos extraordinarios.

Lo que permanece cuando se apagan los focos

Toda visita pontificia termina.

Los escenarios se desmontan.

Las pantallas se apagan.

Los cantos cesan.

Las multitudes regresan a sus hogares.

Entonces aparece la pregunta decisiva.

¿Qué queda?

Si después del evento hay más confesiones, más adoración eucarística, más familias rezando juntas, más jóvenes discerniendo su vocación y más fieles viviendo coherentemente el Evangelio, entonces el acontecimiento habrá dado fruto.

Pero si únicamente quedan recuerdos, fotografías y emociones pasajeras, la semilla habrá caído sobre terreno poco profundo.

Cristo mismo nos advirtió:

┃ *«Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,16).*

Ese es el criterio definitivo.



No el número de asistentes.

No la repercusión mediática.

No las tendencias en redes sociales.

Los frutos espirituales.

Una llamada al discernimiento católico

La reciente visita del Papa a España invita a todos los católicos a realizar un ejercicio de discernimiento sereno.

No debemos caer en la ingenuidad que aprueba todo sin reflexión.

Tampoco en la crítica permanente que sólo ve defectos.

La mirada auténticamente católica busca siempre la verdad completa.

Agradece los frutos de evangelización.

Reconoce los riesgos existentes.

Defiende la sacralidad de la liturgia.

Valora la alegría cristiana.

Aprovecha los medios modernos.

Pero nunca sacrifica la esencia de la fe para adaptarse al espíritu del mundo.

La Iglesia tiene la misión de evangelizar cada época.

También la nuestra.

Debe hablar al hombre contemporáneo.



Debe utilizar los medios disponibles.

Debe salir al encuentro de las nuevas generaciones.

Pero siempre recordando que su mayor tesoro no son los escenarios, las pantallas ni las estrategias de comunicación.

Su mayor tesoro es Jesucristo.

Ayer, hoy y siempre.

Y cuando Él permanece en el centro, toda celebración, por grande que sea, se convierte verdaderamente en un camino hacia Dios.